

HOMILÍA DEL 24 /03/ 2010, CONMEMORANDO LOS XXX AÑOS DEL MARTIRIO DE MONSEÑOR OSCAR ARNULFO ROMERO

**(EN LA EUCARISTÍA DE LA PARROQUIA DE NUESTRA SEÑORA DE
GUADALUPE, POR EL P. EDUARDO FRADES GASPAS, CMF)**

Queridos hermanos! Me han concedido no sé si el honor o la tarea de hacer esta homilía en esta Eucaristía que queremos que sea, ante todo eso, Eucaristía: acción de gracias a Dios por la vida entregada de su Hijo; y también hoy especialmente por esa vida entregada del mártir Monseñor Romero. No quiero adelantarme al juicio oficial de la Iglesia; pero vamos a usar el término como lo usa ya la mayor parte de nuestro pueblo latinoamericano; y que tal vez pronto lo podamos decir con toda la seriedad oficial, el mártir Monseñor Oscar Arnulfo Romero. Trataré de decir por qué es mártir Mons. Oscar Arnulfo Romero, del que estamos celebrando hoy 30 años. Lo mataron; no fue un accidente; lo mataron! Evidentemente hubo causas, no fue ninguna cosa circunstancial.

Era obispo, Arzobispo; por lo tanto ocupaba el puesto más alto en el sacerdocio de la diócesis. ¿Lo mataron por ser sacerdote, por ser arzobispo? No. También era, cómo no, digámoslo así, el Pastor. Pero no lo mataron por ser el Pastor, el líder de la Iglesia salvadoreña. No, creo que tampoco. Había otros obispos que eran más bien bienquistas por aquellos mismos que decidieron la muerte de Monseñor. Digamos entonces que lo mataron por esa tercera cosa que todo cristiano es, y que por supuesto un arzobispo debería ser en grado eminente: Profeta. Además de Pastor, que significa Rey, todo cristiano es rey; todo cristiano debería, como Cristo, servir a los demás. La Biblia y Jesucristo es el único tipo de rey que admiten: el que quiera ser mayor que sirva (Mr 10,45). Tampoco lo mataron por su sacerdocio. No ya por su sacerdocio ministerial, digamos peculiar: por su ministerio ordenado

que administra los sacramentos. Estos son importantes en la Iglesia, ante todo para recordarnos que todo es gracia de Dios. Que todos, sacerdotes incluidos, obispos incluidos recibimos de Dios la gracia. Todos! Para eso es especialmente el sacerdocio ministerial. Pero el sacerdocio decisivo, el único que tuvo Cristo, por decir así, es el sacerdocio que es entregar la vida por los demás. Ese fue el sacerdocio de Cristo y de todo ser humano: es el servir a los demás. Y en ese sentido Monseñor Romero es claro que realizó eso. No sólo en el momento de su muerte, sino en toda su vida; sobre todo en su vida de los últimos años. Fue una vida entregada a la causa de Dios, que es la causa del Reino, que es la Causa del Padre.

Pero decía que no lo mataron por ser Pastor, ni por ser Sacerdote, sino por Profeta. Profeta es una palabra muy grande; pero creo que ciertamente le cuadra muy bien. Ese compañero exégeta que citó el embajador (José Luis Sicre, citado por el embajador Sr. Román Mayoral) lo afirmó. El P. Sicre escribió un libro muy bonito, muy científico, muy documentado, titulado "Con los pobres de la tierra. La justicia social en los profetas de Israel". En el prólogo dice, con toda modestia y verdad, que dedicarse a estudiar la palabra de Dios puede ser una de las mejores maneras de evadir el cumplirla. Hablar de los profetas y estudiarlos profundamente puede ser una manera perfectamente inútil de no seguir a los profetas. Monseñor Romero no fue un hombre que escribió varios tratados sobre los profetas. No, pues no era un especialista en ese campo. Fue un Profeta: es decir, actuó como actuaron los profetas del pueblo de Dios. Al modo de Dios, como actuó Jesús; y eso es lo que quiero subrayar ahora, en esto momento de homilía. El fue un hombre que, sobre todo desde que le mataron a uno de sus queridos compañeros, el sacerdote jesuita Rutilio Grande, empezó a ver la realidad de El Salvador como no se quiso ver entonces (Iba a decir que ni entonces ni durante los años siguientes. Si acaso ahora se empieza a ver oficialmente así). Empezó a ver la realidad con los ojos de Dios. Porque Dios siempre ve la realidad desde abajo, desde los pobres, desde las víctimas!

Desde Moisés, pasando por todos los Profetas hasta Jesús de Nazaret, y todos los que quieran seguir a Jesús de Nazaret y a los Profetas, eso es lo que empezó a hacer Mons. Romero. A ver esta realidad en ese momento histórico concreto de El Salvador: de explotación, de dominio, de represión, de crímenes tremendos. Lo sabemos, y ahora quizás ya se pueda empezar a decir con más verdad en el propio país. Todo eso por parte del Gobierno y sus "órganos de seguridad", maltratando, matando a tanta gente. Mons.

Romero tuvo la valentía; digo valentía; pero, sin duda, es ante todo la gracia de Dios, el coraje de denunciar esos pecados, de decirlo. Pues es el Señor el que nos libra de nuestras cegueras y temores. El decir, el decir eso: este fue su crimen. Porque el profeta no es el que anuncia futuros. Bueno, también. En el caso de Jesús se anuncia que hay una vida más importante y más plena que esta vida. Que hay una verdad y una justicia de Dios más grande que todas las verdades y justicias de esta historia. Ya, también anuncia eso. Pero, ante todo, habla del presente que le toca vivir. Y lo ve con los ojos de Dios: desde los pobres, desde los de abajo, desde los explotados, desde las víctimas. Y lo dice! Lo dice por simpatía (*sym-patheia*) con ellos, por compasión por ellos. Porque también lo siente con el corazón de Dios.

Mons. Romero fue un ejemplo de ese sentir realmente compasión por su pueblo, por los pobres de su pueblo que masacraron. Quizás hizo falta que le mataran a un amigo sacerdote, para que dijera: ¿dónde vamos a llegar? Pero siguió evidentemente extendiendo ese amor a todos, a tantos campesinos que -fueran más o menos de la iglesia o no; ese no era el punto- estaban siendo masacrados. Esta visión con los ojos de Dios y este sentir también con el corazón de Dios es el que le hacía tratar de estudiar bien cada caso; y, en verdad, se informaba muy bien. Quienes conocen de cerca aquella historia saben que se informaba todo lo posible. Puede ser que en alguna ocasión hubiera algún pequeño error. No lo sé, tampoco es eso importante ahora. Pero ciertamente denunciaba cosas que eran así; que podía decirlo de muy buena fe y, como quien dice, podía decirlo con nombre y apellido. Ese fue su delito y por eso le mataron. Pero él no se echó atrás; porque no sólo vio con los ojos de Dios, sintió con el corazón de Dios, sino que se atrevió a decir “en Nombre de Dios” que el mal es mal, que el crimen es crimen; y decirlo con nombre y apellido; el de los criminales en general, pero el de cada una de las víctimas con mucho respeto y cariño, para que no caer en un silencio cómplice y, sobre todo, para mantener viva la memoria de esas personas.

Los curas sólo decirnos que no hay que matar; y nadie se enfada por eso. Hombre! El punto está en si le dices a unos cuerpos de seguridad y a un Estado que está mandando matar a campesinos les dices: “en nombre de Dios, les ruego, les suplico, les ordeno: cese la represión!”. No sé si fue o no fue su sentencia de muerte eso. Pero ciertamente es la causa número uno de esta profecía de gritar en nombre de Dios la verdad de los de abajo, de las víctimas; y pedirle para los otros, no odio ni venganza, sino justicia para todos, pues nunca suscitó sentimientos de odio ni venganza, sino de paz

y conversión. Fue el actuar de esta manera lo que llevó a la muerte. Y por eso creo que podemos decir con verdad que es, no sólo un pastor ejemplar; pero de veras también, que fue un mártir, porque fue por seguir a Jesús, por practicar la misma manera de actuar, de ver la verdad con los ojos de Dios; de sentir con la misma compasión que siente Dios por todos los pobres y afligidos, de escucharlos y decir en su nombre, de gritar en su nombre su dolor; gritar también en nombre de la justicia. Es por eso que lo mataron. Por eso quisiera concluir ya esta breve reflexión u homilía leyendo una poesía de ese otro obispo poeta, de Cataluña, pero radicado como obispo en el Mato Grosso del Brasil, el claretiano Don Pedro Casaldáliga, que la escribió muy pronto, porque era muy amigo de Mons. Romero y lo sintió muy especialmente. Son estos versos que tituló: **“San Romero de América, pastor y mártir nuestro”**:

San Romero de América, Pastor y Mártir nuestro
El ángel del Señor anunció en la víspera...

El corazón de El Salvador marcaba
24 de marzo y de agonía.
Tú ofrecías el Pan,
el Cuerpo Vivo
-el triturado cuerpo de tu Pueblo;
Su derramada Sangre victoriosa
-¡la sangre campesina de tu Pueblo en masacre
que ha de teñir en vinos de alegría la aurora conjurada!

El ángel del Señor anunció en la víspera,
y el Verbo se hizo muerte, otra vez, en tu muerte;
como se hace muerte, cada día, en la carne desnuda de tu Pueblo.

¡Y se hizo vida nueva
en nuestra vieja Iglesia!

Estamos otra vez en pie de testimonio,
¡San Romero de América, pastor y mártir nuestro!
Romero de la paz casi imposible en esta tierra en guerra.
Romero en flor morada de la esperanza incólume de todo el Continente.
Romero de la Pascua latinoamericana.
Pobre pastor glorioso, asesinado a sueldo, a dólar, a divisa.

Como Jesús, por orden del Imperio.
¡Pobre pastor glorioso,
abandonado
por tus propios hermanos de báculo y de Mesa...!
(Las curias no podían entenderte:
ninguna sinagoga bien montada puede entender a Cristo).

Tu pobrería sí te acompañaba,
en desespero fiel,
pasto y rebaño, a un tiempo, de tu misión profética.
El Pueblo te hizo santo.
La hora de tu Pueblo te consagró en el kairós.
Los pobres te enseñaron a leer el Evangelio.

Como un hermano herido por tanta muerte hermana,
tú sabías llorar, solo, en el Huerto.
Sabías tener miedo, como un hombre en combate.
¡Pero sabías dar a tu palabra, libre, su timbre de campana!

Y supiste beber el doble cáliz del Altar y del Pueblo,
con una sola mano consagrada al servicio.
América Latina ya te ha puesto en su gloria de Bernini
en la espuma-aureola de sus mares,
en el retablo antiguo de los Andes alertos,
en el dosel airado de todas sus florestas,
en la canción de todos sus caminos,
en el calvario nuevo de todas sus prisiones,
de todas sus trincheras,
de todos sus altares...
¡En el ara segura del corazón insomne de sus hijos!

San Romero de América, pastor y mártir nuestro:
¡nadie hará callar tu última homilía!

Pedro Casaldáliga obispo de Sao Felix do Araguaia (Mato Grosso, Brasil)